

SILENCIO

Él se limitaba a amarla en silencio. Cuando caía la noche, cuando nadie veía, levantaba la tabla suelta del suelo, y saludaba de nuevo a su vieja libreta de tapas de cuero. La abría, y no era él, sino su pluma, la que escribía poemas enamorados sobre el papel; aquellos poemas que se había prometido jamás volver a componer. A veces, cuando las hojas crujían, su mirada recorría la habitación, temiendo que ella despertara, pero también hambrienta de encontrarse con esos ojos que tan fácilmente lo habían cautivado.

¿Y qué más daba, en el fondo? Estaría muerto en apenas unas semanas. Muerto, y ella casada con un noble general a quien el chico no llegaba ni a la suela. No tenía celos, ¿de qué serviría? No los tenía, no, sin embargo, sentía pena; no por su agrio destino —Ethan prefería mil veces morir a luchar contra su propia patria—; lo que lo mantenía en vilo era la suerte de Sophie. Él nunca había querido reconfortarla, ni tan siquiera escucharla, pero le bastó con ver su mueca al regresar tras conocer a su prometido. Y, para colmo, el afortunado era del bando contrario.

Llevaban ya dos meses retenidos en la frontera, en la sala del altar de una iglesia abandonada años atrás. Los niños de la pequeña región invadida donde ambos habían vivido también estaban aprisionados allí, no obstante, sus condiciones no eran ni de lejos tan pésimas como las de la joven; tan crueles como las de él. Pan rancio y agua para el rebelde; hortalizas de temporada para los niños y, si había suerte, algún filete de carne que les había sobrado a los soldados. Para Sophie, quizá estofados que pretendían ser lujosos, o los bizcochos más caros de Francia, por orden del general. La chica trataba de compartirlo con el joven, aun sabiendo que él la odiaba con cada parte de su ser, o, al menos, eso le hacía ver. Sus intentos cesaron el mismo día en que lo apalizaron por aceptar un pedazo de ternera.

A los pequeños se les permitía salir a jugar al patio delantero durante las tardes, con la vaga intención de hacerles olvidar sus pérdidas; no por piedad, sino por su posible potencial como soldados raros durante su adolescencia. La situación de los jóvenes adultos era diferente. Ella había salido de la iglesia únicamente un par de veces, en contra de su voluntad, obligada a presentarse ante su futuro marido. Ethan... Él solo había visto el sol cuando tocaba recibir palizas que los niños no debían ver.

Esa noche, mientras se reclinaba en el banco que le hacía las veces de cama, Sophie lo observaba a él. Secretamente, admiraba su carácter, y los codazos y pataditos que asestaba a todo el que podía cuando se lo llevaban. Había descubierto que cualquier acercamiento que los implicara a ambos conllevaba una sesión de golpes para él, así que, poco a poco, había desistido en la tarea de intentar comprender su aparente desdén hacia ella. Se encogió; tenía frío, y suspiró. El general Lacroix era un hombre apuesto, sí, de porte elegante, hombros anchos y una astucia sutilmente afilada, pero ella se descubrió perdiéndose en la forma en que los omóplatos de su compañero de faena ascendían y descendían con su calmada respiración. No quería casarse. Y, para su sorpresa, la idea del cuerpo inerte de Ethan yaciendo en el pasto no la dejaba dormir.

Él llevaba ya un buen rato despierto. Aún recordaba el instante en que los franceses habían irrumpido en el establo; casi podía sentir el tacto de la daga que tenía que haberle quitado la vida. Fue demasiado lento. Si tan solo hubiera tenido unos segundos más... Su pobre corazón no se habría visto forzado a soportar el dolor que llega con la traición. De vez en cuando, apretaba los puños y cerraba los ojos con fuerza, volviendo a ver a quien una vez fue su confidente, el motivo de sus sonrisas. Sin embargo, no lograba volver a adorar sus labios o sus rizos dorados; ahora Ethan solo se reprendía por haber malgastado horas y horas arrodillado bajo el gran balcón, susurrando palabras dulces a la bella doncella que salía a hurtadillas para verlo, o por haberse desesperado incontables noches devanándose por escribir un soneto lo bastante bueno tras haber estado trabajando todo el día en el campo. No sentía la primera vez que se regodeaba al imaginar a la mujer de quien había sido amante siendo tildada de adúltera; no después de la manera en que lo había vendido sin pensarlo dos veces. Además, en ese momento era otra la que invadía sus pensamientos.

Y, en cierto modo, no pudo evitar regocijarse; estaba claro que lo estaba mirando.

Pasaban los días, arrastrando la promesa de un invierno más cálido que de costumbre, pero todo parecía seguir igual. Ethan no salía de su mundo de amargura; Sophie se entretenía enseñando a los niños a leer los manuscritos que habían quedado desperdigados por la iglesia; ella también necesitaba un pasatiempo para perder de vista su futuro casamiento con el francés. Algunos mañaneros, los visitaban unas criadas que decían trabajar para Lacroix, y vestían a la chita con sedos caros, la obligaban a usar corse y andar tan recta como una princesa, mientras que Ethan se sentaba en una esquina y observaba con una sonrisa sarcónica el ridículo espectáculo. No obstante, se cuidaba de no mirarla demasiado; los franceses ya habían tomado nota de cómo un vulgar campesino de campo había sido capaz de 'corromper' a una dama casada de alta cuna, así que, ¿qué le impediría hacer lo mismo con la joven prometida del general? Asimismo, los soldados encontraban en esto otra buena razón para maltratarlo, y, ¿cómo sobaban patizas para un rebelde inglés que había querido prender fuego a sus suministros?

Cuando quedaban apenas unos días para la ejecución de Ethan, Sophie se despertó poco antes del alba, temblando a causa del gélido viento que se colaba sin piedad a través del cristal resquebrajado de la vidriera principal. Le dolía todo. Los doncellan de Lacroix habían pasado por allí la tarde anterior, ahogándola con sus corsets y colocándole libros demasiado pesados sobre la cabeza. Aquella vez había sido peor; cuanto más se acercaba la fecha programada para la muerte de Ethan, menos se comedían los soldados a la hora de torturarlo, así que él no había estado en la habitación, brindándole su silenciosa compañía, sino soportando golpes fuera. Se había sentido muy sola sin los niños alrededor, muy aislada con aquellas mujeres resoplando cada vez que jadeaba por aire o hundía los hombros al caminar.

Su condición como dama exigía una educación mínima, pero, cuando era niña, su padre se había negado a que se la proporcionaran; no quería ver a su hija dependiendo de un marido y, dado que su hermano mayor heredaría los terrenos familiares, ella no había tenido problema para vivir

en un hogar estable sin estar casada. Era inimaginable que una guerra en las Américas pudiera haber sumido su pequeño pueblo de comerciantes ingleses en el más absoluto caos, así como que el gobierno inglés no moviera un dedo por ayudar a sus ciudadanos, por mucho territorio francés que hubiera de por medio. Por lo tanto, ahí estaba ella, con los pies doloridos y aún sin acostumbrarse a la odiosa prenda de vestir que no la dejaba respirar en cuanto se la ponían. Por un lado, albergaba esperanzas de que la dieran por perdida; una noble sin educar era como un campesino con los modales básicos, y quizá Lacroix no soportara la vergüenza de tener una esposa que solo sabía leer y escribir. Por otro, había deseado saber comportarse como su posición dictaba; casarse con un general había sido un gran prestigio, y, por si fuera poco, no tendría que ser reeducada por unas criadas cuyo idioma apenas entendía.

Ni siquiera había abierto los ojos, y pensaba volver a dormir, sin embargo, el ruido de un suave roce llamó su atención. No pudo evitar escuchar la habitación, esperando encontrarse con la penumbra que siempre adornaba la sala por la noche, pero, para su sorpresa, de una de las esquinas provenía un tenue fulgor anaranjado, alguien había encendido una vela. Ethan estaba sentado; dándole la espalda, y el susurro constante que parecía venir de esa zona recordaba al sonido de la pluma contra el papel. No era posible, ¿verdad? Él era un campesino de campo, ¿no era cierto? Sophie se desconcertó al verlo rasgar la tela; tenía una pluma blanca entre los dedos.

—¿Estáis escribiendo? —Espeuló su boca sin permiso—. ¿O acaso dibujáis?

El cerró la libreta sin disimular su repentino sobresalto y giró el rostro, lo justo para que Sophie pudiera adivinar uno de sus fieros ojos negros brillante a la luz de la vela.

—Se lo ruego, trátame de tú. Las formalidades me resultan simplemente desagradables —masculló el joven, para después forzar una sonrisa—. Respecto a su pregunta, no es algo que sea de su incumbencia, señorita Wade. ¿O debería decir señorita Lacroix?

Dicho esto, volvió a darse la vuelta, dispuesto a continuar sus versos. No esperaba que ella fuera a responder; siempre había bastado con un comentario mordaz para cortar de raíz todo intento de conversación, aunque incluso a él le había dolido cambiarle el apellido a Sophie. Ethan no contaba con que ella interpretaría su pregunta como un desafío, una burla hacia su incapacidad de rebelarse ante el destino que le había sido impuesto.

—No, señor Woods —replicó Sophie, y él hizo una mueca. Ahora se avergonzaba de las incontables ocasiones en que él y su antigua amada habían fantaseado con convertir ese apellido en el de los dos, en lugar de apellidarse ella como su marido. Ethan había comprendido demasiado tarde que todo había sido una deliciosa farsa; un amorío de mentiras del que solo él había salido con el corazón roto. Hacía tiempo que había dejado de sentirse utilizado; parecía que lo habían roto, no sentía nada. Nada, hasta que la propietaria de esa dulce voz lo había hecho caer de nuevo—. Aún no estoy casada, así que, si no 'te' importa, estaría muy agradecida de que no 'mencionaras' nada relativo al general.

Se encontró cómoda tuteando al chico, pero eso no se comparaba a la sensación de proximidad que le produjo poder establecer una conversación inteligente con alguien de casa.

—Bien — accedió él, a regañadientes —. No lo haré, si usted me llama por mi nombre, por favor.

—¿No piensas hacer nada? — lo cortó ella, devolviéndole su constante pulla silenciosa —. Te apalean, te humillan, te escupen, te pegan, ¿y te quedarás aquí esperando a que te maten?

Él sonrió para sí y guardó el cuadernillo bajo la tabla suelta, sin ánimos de ocultarle su escondrijo a ella. Se dio la vuelta y dejó escapar un suspiro que mezclaba cansancio y diversión.

—¿No piensas hacer nada? — La imitó Ethan, pasándose la yema del dedo pulgar sobre un feo maratón en la mandíbula —. Te raptan, te retienen, te utilizan, te atorajan, ¿y te quedarás aquí esperando a que te casen? — Bostezó, desinteresado, y se estiró perezosamente —. Es lo mismo.

—No lo es — susurró ella, sin mirarlo a los ojos. Quizá debían dejar de hablar, despertarían a los niños.

Ethan no; un sonido tan seco como el crujido de la madera al romperse.

—Oh, dímelo, por supuesto que no — se burló. Se echó descuidadamente sobre uno de los bancos para los fieles, con los brazos bajo la cabeza. Sus palabras, el modo en que la tuteaba; todo ello había sido finamente premeditado durante muchas noches en vela. Ethan no pensaba dejar que la casaran con alguien a quien no amaba, y sabía que, si no intentaba animarla a cambiar las cosas, su culpa lo perseguiría aun cuando estuviera bajo tierra —. Por supuesto que no lo es. A mí me matarán, y puede que... Puede que sea lento y doloroso, pero se acabará ahí — escupió con decisión —. En cambio, ¿a ti? A ti te tocará pasar el resto de tu vida con alguien a quien aborrezcas; ni siquiera creo que eso pueda considerarse vivir. Imagínalo. Despertar todas las mañanas en el lecho de ese hombre, sonreírle cuando...

—Ya lo he imaginado, Ethan — dijo, derrotada. Ese nombre sonaba bien en sus labios —. No quiero ser desortés, pero, ¿en qué crees que pienso cada día?

Ambos callaron: ella, destrozada por la gravedad y realidad que ocultaba la afirmación de Ethan; él, insatisfecho de los resultados de su único y patético intento de hacerla desear huir. La había llamado por su nombre, la había hecho, sí, y él no se había molestado en deleitarse en ello, ¿en qué estaba pensando? Se acomodó, decepcionado con ella, con el mundo, con él mismo. Decepcionado, hasta que, minutos después, ella volvió a hablar.

—¿Y si nos vamos?

Fue solo un vago murmullo, como si se lo estuviera preguntando a sí misma, pero él lo escuchó. Al ver que no reaccionaba, Sophie intuyó que habría caído dormido, y casi se arrepintió de haberse planteado hacer algo de tal calibre. Sabía que él era su única vía de escape; si Ethan no se atrevía, ella lo encontraría imposible. O quizá... ¿Quizá era que no quería irse si no era con él? De repente, la abrumó la idea. ¿Y si él le importaba más de lo que quería dejar ver? Sacudió la cabeza y cerró los ojos, pero no podía dormir. No debía permitirse tener los sentimientos que creía estar descubriendo hacia el chico, no cuando aún tenía la más remota esperanza de enamorarse del general y poder ser feliz a su lado. Ethan siempre conseguía hacer las cosas más difíciles; el mismo Ethan que amagó con formar una senesca y descansar tranquilo durante toda la noche; la había convenido.

Poco a poco, a un ritmo lento pero implacable, llegó el día. No había habido ninguna ocasión para huir; los soldados franceses flanqueaban todo el recinto exterior. Ethan, sin embargo, despertó aquella

mañana completamente sereno. Sophie ya tenía la idea de escapar en la cabeza, y a él le bastaba; si lo mataban, moriría con la certeza de que ella conseguiría liberarse de algún modo. Verdaderamente, rezaba por que fuera así, pues esa firme creencia era el salvavidas al que se agarraba para no perder la poca cordura que le quedaba. A los niños los sacaron a los jardines cuando el sol invernal estaba en su cenit, revelando sin querer la hora en que lo matarían a él. Sophie, por otro lado, estaba aterrada. Por mucho que quisiera negarlo, en el fondo quería al joven que se había encargado de acompañarla durante todas las semanas que llevaban allí; que apenas la había mirado; el chico para el que el mundo parecía ser un pasatiempo sin sentido desde que lo conoció. Lo amaba, y era lo único que no debía hacer.

Se oía alboroto fuera. Ethan supo que, si quería que alguien lo recordara, si deseaba por fin contárselo todo a ella, debía ser en ese momento. Sonrió con tristeza. Lo iban a matar. Supuso que era algo que siempre había imaginado lejano, una despreocupada advertencia que se había ido acercando como un depredador hambriento entre las sombras. Había creído que podría hacer algo antes de que llegara la fecha, que llevaría a cabo cualquier plan descabellado y, posiblemente, suicida para salir de ahí, para conservar la vida, no obstante, ella lo había mantenido allí. ¿Para qué recorrer unos escasos metros y ganarse un perdedor en la espalda si podía adorar los ojos de Sophie hasta su último día de vida?

— Sophie — la llamó, maldiciéndose por cómo le había temblado la voz. Lo último que quería era asustarla más. Ella se acercó, con la vista clavada en el suelo y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, él le tomó las manos, sorprendiéndola. — Hola, Sophie — suspiró, sonriendo preocupado. Ojalá hubiera pronunciado ese nombre más veces. — ¿Has dormido bien? ¿Cómo estás?

Ella no pudo más que negar con la cabeza y tragar para luchar contra el nudo que se había formado en su garganta. Esas preguntas eran las que él había deseado poder hacerle todos los días, o poder atreverse a hacérselas, al menos. En cuanto ella lo miró a los ojos, se echó a llorar. En silencio; el mismo silencio que siempre habían compartido. Él la abrazó.

— No creo en Dios — dijo él —. No creo que pase nada cuando muera — la puerta de la iglesia se abrió, y él la escondió aún más entre sus brazos, con la tez blanca como el papel. Dos pares de fuertes manos lo apresaron y arrancaron del agarre de ella; Ethan forcejó desesperado mientras lo arrastraban lejos. — Acuérdate de mí — suplicó cuando lo sacaron de la habitación. — ¡El libro! ¡Está todo en el libro!

Ella corrió detrás de los franceses, suplicando por la vida de Ethan. Se lo llevaban, se lo iban a quitar. Sujetó a uno de los soldados del brazo en cuanto los alcanzó, pero solo le sirvió para recibir un codazo en la mandíbula que la dejó tirada en el suelo. Oyó al joven bramando por que no la tocaran e insultando a alguien. Levantó la vista, que estaba borrosa por las lágrimas. Los vio en el portón principal. Miró a Ethan. Se encogió. Sollozó.

— ¡Coge la libreta! — Fue lo último que él dijo antes de que cerraran la puerta.

Luego; nada.

Sophie se arrastró despacio hasta la sala del altar de nuevo, y se dejó caer sobre un banco; no

tenía fuerzas para recuperar el cuaderno de Ethan de debajo de la tabla suelta, apenas pudo obligarse a recitar una oración que le habían enseñado de niña, por él. Le había dicho que no era creyente, pero no importaba; no importaba nada. Se acurrucó, tapándose la cabeza con los brazos. A su mente vino la imagen del chico como uno de esos inquietantes pensadores de la época; quién sabía si podría haber sido uno de ellos, con su eterno espíritu crítico y pesados, su reticencia a las creencias populares, y esa sonrisa suya, si no lo hubieran sentenciado. Si no lo fueran a matar.

Fuera, en cambio, se habían limitado a amordazar a Ethan y atarlo con rudeza a un árbol, regalándole unos cuantos puñetazos en el proceso. Los soldados se divertían fingiendo practicar tiro con arco, disparando en su dirección y clavando las flechas peligrosamente cerca del cuerpo del inglés, mientras reían y apostaban por quién acertaría a rotarle el pelo primero. Él apretaba los dientes esperando el disparo mortal, que parecía hacerse de rogar, y deseaba haber tenido el tiempo suficiente para quitarse la vida, como hicieron sus amigos, cuando los franceses descubrieron sus planes de ataque clandestino. Al menos, de esa manera habría evitado aquella humillación. Sophie no veía su cadáver, ¿verdad?

Al cabo de un rato, cuando él se había cansado de retor a sus captores con la mirada; cuando ella había reunido el valor suficiente para buscar la libreta del chico al que creía muerto, el estruendo de los ruidos de un carruaje se hizo presente. Las criadas del general entraron en tromba a la iglesia, aparentemente alteradas, antes de que Sophie hubiera podido siquiera deducir bajo qué tabla estaba escondido el misterioso poemario de Ethan. Las mujeres furullaban palabras extrañas para la chica sin parar, y su escaso conocimiento de francés le permitió captar conceptos sueltos: general, hoy, ahora, América, guerra, y la que más había escuchado y odiado los últimos meses; boda. Con ellas llevaban pesados fardos y bolsas de esparto con detalles azules, blancos y rojos que hacían homenaje a su señor, de las que comenzaron a sacar vestidos de impecable tela blanca, así como corpiños elegantísimos, corsets, zapatos, diademas, horquillas... Y ella lo comprendió todo de repente. La casarían ese mismo día.

Fue en el momento en que los soldados empezaron a cansarse de jugar con Ethan cuando un hombre que, dada su sofisticada vestimenta, debía ser uno de sus superiores en el ejército, se presentó en el claro que estaban utilizando como campo de tiro y dispuso el ambiente de diversión y bravuconería que los demás habían creado. Ethan observó con desgana cómo éste daba un par de escuetas instrucciones a los soldados y le hirvió la sangre cuando creyó oírle mencionar el nombre de 'Lacroix'. Nunca imaginó que pudiera conllevarle la envidia de tal manera al saber a su amada en brazos de otro —había creído compartir amor, en malicia no correspondido, que no era más que pasión camuflada con una joven casada sin envidiar a su marido en lo más mínimo durante años—, pero ahora la había supurado por cada uno de los poros de su piel; ¿qué había hecho ese francés para merecerla más que él?

Lo que ninguno de los dos sabía era que la guerra parecía haberse complicado. La alianza francesa con España no estaba brindando los fructíferos resultados acordados, y los tropas inglesas ganaban cada vez más territorios en Norte América. La movilización del ejército se hacía más y más pesada a medida que pasaban los días; la balanza se inclinaba precariamente hacia el bando enemigo, y eso no era bueno. Algunos de los militares que vigilaban a los niños y a la futura esposa del general recibieron órdenes de partir esa misma tarde hacia París en una caravana de soldados y suministros, como medida preventiva. Por el país ya se extendían rumores sobre la cercana pérdida de Canadá, y eso no era una buena noticia para la monarquía gala.

Era por eso que el joven general Jean Lacroix visitaría la zona en las próximas horas; habían solicitado su presencia en el palacio de Versalles la semana siguiente, y era muy probable que lo trasladaran al oeste del país para hacerse cargo de la partida de nuevas tropas hacia territorio americano. Lacroix no era un hombre paciente, si se miraba tras su larga lista de virtudes. Llevaba semanas deseoso de sellar su forzoso compromiso con Sophie, y no soportaría retrasarlo más debido a su viaje. Había exigido que se alistaran todos los preparativos para la ceremonia en cuanto tuvo constancia de sus obligaciones bélicas; quería a la joven vestida y arreglada para cuando él llegara y, si había suerte, se casaban al atardecer en un pueblo cercano. Había adelantado mucho sus planes de boda, y no estaba feliz con las circunstancias, pero había de hacerse así. De esa forma podía llevarla con él a sus viajes, en lugar de alargar su espera más de lo requerido.

Ethan no lo sabía, pero los soldados acababan de recibir órdenes de mantenerlo vivo hasta la llegada del general. Su superior sabía que Lacroix disfrutará viéndolo morir, especialmente después de que uno de sus compañeros tenientes hubiera sufrido la ya senada infidelidad de su esposa con el miserable inglés. Por supuesto, cuando liberaron sus magulladas muñecas y lo arrojaron al suelo, él supuso que su hora había llegado. Solo lamentó que la mordaza sequestrara y acallara todos los venenosos insultos que su boca tan desesperadamente necesitaba dejar salir, ¿de verdad importaba tanto? Solo ella lo recordaría, y, con el tiempo, ya no lo haría nadie, no. Nadie se acordaba nunca del huérfano que rogaba por comida en las calles; ¿quién lo haría ahora si, en el fondo, él seguía siendo ese mismo niño? Casi se le podían contar las costillas sobre los harapos que llevaba puestos; su cuerpo estaba repleto de marcas; las heridas le escocían mientras los franceses lo arrastraban hacia el lugar que, sin duda, sería su lecho de muerte. Gritó cuando una bayoneta le atravesó la mejilla, y el alma se le cayó a los pies al ver que lo metían en la iglesia de nuevo. ¿Lo matarían frente a Sophie?

Ella, al otro lado de las puertas, trataba de colaborar lo menos posible con las criadas. La asqueaba el pensamiento de que, en apenas unas horas, el francés y ella serían recién casados. "Lo han matado", se repetía, como un mantra silencioso, "lo han matado". No se dignaba a mirarse al espejo. Los vestidos eran espléndidos, qué paradoja; su significado era repugnante. Se esforzó por mantener la cabeza gacha y caminar encorvada, sacando de quicio a las mujeres. Esa era su pequeña rebelión, aunque sabía que Ethan habría querido algo más grande, y eso la estaba consumiendo. No era una guerrera, no como él. Nunca le habían contado qué fue lo que hizo el chico para merecerse todo aquello, pero tenía la certeza de que peleó con uñas y dientes hasta que lo cogieron. ¿Y ella? Ella se había dejado apresar. Era patética. "Decepcionante", comprendió con los ojos cristalizados; "inútil".

—No soy inútil— susurró, planteándose algo horrible. Agarró con cuidado unos de las tantas tijeras que las mujeres traían con ellas—. No soy...

Las píadas en el amplio pasillo libre de bancos que llevaba hasta el altar la sacaron de su ensañación, y volvió a dejarlas donde estaban rápidamente. Las criadas dejaron escapar exclamaciones ahogadas, y cuando Sophie se giró no supo si lo que veía era maravilloso u horrible. Los hombres de Lacroix tenían a Ethan cogido de cada brazo, y lo arrastraban de rodillas. Una de sus mejillas goteaba sangre, que le empapaba la mordaza de la boca. Estaba vivo. ¡Vivo! La joven no se atrevió a acercársele; no quería que Lacroix y los soldados pudieran tener una razón más para acabar con su vida, pero sus ojos lo decían todo. El rostro de Ethan se ensombreció

cuando la miró. No podía asimilar que aquellos hombres fueran tan cobardes como para ir a asesinarlo delante de ella; sabía que el mundo era cruel, pero eso era demasiado. Gritó furiosamente a través de la tela mientras lo obligaban a inclinar la cabeza tirándole del pelo.

Uno de los franceses lo golpeó secamente con la cantonera del fusil en el centro de la espalda, haciendo que cayera de bruces al suelo. Rió, y comenzó a conversar con una de las criadas, al tiempo que se empezaba a oír un suave trote de caballos. La señora palideció, y asintió varias veces, mientras que Sophie no se decidía a agacharse junto a Ethan y... ¿Y qué? ¿Ayudarlo? ¿Cómo?

En el atrio, un inflado lacayo caminaba a paso ligero hacia las puertas de la iglesia, molesto de que sus hombres no se hubieran presentado a recibir su carruaje. Llegaba con muchísima antelación, sí, pero sus subordinados debían estar preparados para saludarlo en cualquier momento. Los niños se apartaron para dejar pasar a aquel hombre vestido con ropajes tan extravagantes para ellos. Dentro, la noticia de que el general se había presentado allí antes de lo esperado conmovió a las sirvientas; no habían tenido el tiempo suficiente para elegirle un vestido a Sophie, y ahora tendrían que salir a explicárselo a su señor, que, esperaban, sería indulgente. El repentino cambio de planes los hizo a todos un lío, y Sophie observó, perspicaz, cómo únicamente una sirvienta se quedaba en la sala, y los soldados encargaban al más menudo atarle las muñecas al rebelde.

Tanto hombres como mujeres abandonaron la sala, alborotados, unos limpiando el polvo de sus uniformes, otros recogiendo el pelo detrás de las orejas; eran, de primera mano, conocedores de la escasa paciencia del general, y eso les hizo perder la organización. Fueron solo unos segundos, pero fue suficiente. El joven soldado hincó la rodilla entre los hombros de Ethan, inmovilizándolo con torpeza, y la mirada de éste hizo que Sophie agarrase uno de los candelabros del altar y golpeara al soldado en la sien con todas sus fuerzas. La realidad de su acción la sacudió cuando el muchacho se desplomó en el suelo, y se quedó completamente muda. La expresión horrorizada de la pobre sirvienta hizo que le temblaran los labios, y a punto estuvo de dejar caer su arma. Sin embargo, el gruñido estrangulado de Ethan le recordó apuntar a la criada con los ojos muy abiertos, obligándola a callar.

Ethan se levantó a duras penas e intentó en vano despojarse de la mordaza, que Sophie se encargó de desgarrar con las tijeras. Él la obligó a coger el fusil del soldado.

—La vidriera — jadeó el chico, sin aliento —, la vidriera, vamos.

Arrastró el viejo altar de madera hasta tenerlo contra la pared, y la ayudó a ella a subir encima. La ventana no estaba excesivamente alta, y podía saltar sin hacerse mucho daño. Si había soldados fuera... Si había soldados fuera, estaban perdidos. Pero Ethan confió en que la buena fortuna que nunca lo había acompañado llegara en ese momento, y arrojó con fuerza un grueso tomo eclesiástico contra el cristal ya de por sí resquebrajado. La vidriera estalló en mil pedazos, aullando con estruendo.

—¡Salta! ¡Corre, maldita sea, Sophie!

Ella obedeció, y pequeños fragmentos de cristal se le clavaron en manos y rodillas al caer,

teniendo de rojo algunas zonas del vestido. Avanzó unos metros, acorralada, con el fusil pegado al pecho, pero Ethan no saltó. Él no había perdido ni un segundo en encaramarse al altar, dispuesto a subir al alféizar y saltar, cuando su libro le vino a la cabeza. Sophie no lo había cogido. Los preciosos instantes que tardó en decidir bajar a recuperarlo bastaron para que los gritos de Lacroix llegaran a sus oídos, y a los de Sophie. El nerviosismo le jugó la peor pasada de su vida: ¿cuál era la tabla suelta? Se llevó las manos a la cabeza, recorriendo la habitación con un terror que jamás había sentido antes. Tuvo el tiempo justo de encontrarla, con los dedos temblorosos, sacar la libreta y echar a correr hacia el altar de nuevo, desesperado, antes de que la puerta de la sala se abriera y los clamores franceses inundaran la habitación.

Saltó tan alto como pudo; el altar ya no era una opción. El marco de la vitriera le robó el aire cuando su pecho se estrechó dolorosamente contra él. Rotaleó, movido por la adrenalina que lo impulsaba a luchar por su vida, y se alzó al tiempo que un soldado cargaba su escopeta, veloz como una centella. Se dejó caer al otro lado justo cuando las balas habían empezado a volar, y se desplomó sobre su espalda, sin un ápice de oxígeno en los pulmones. Sophie lo levantó, aterrorizada, y tiró de su mano hasta que los dos estaban corriendo en dirección al bosque. Pronto era él el que tiraba de ella, con las palmas y pies heridos por los cristales. Tan rápido como estuvieron bajo el cobijo de los pinos, Ethan se detuvo y rasgó las faldas del vestido de Sophie para que pudieran correr en condiciones. Continuaron la tortuosa carrera, pero no tardaron en oírse voces por detrás.

¿Y ahora? ¿Ahora qué? El joven estaba seguro de que el mar estaba a kilómetros de allí, y no podían mantener el ritmo mucho más. Era cuestión de tiempo que llegaran con los caballos, y todo se acabaría. De pronto, sintió la garganta más estrecha. La había condenado. Había condenado a Sophie. La ejecutarían también por atacar a un soldado; todo por su culpa, por meterle ideas estúpidas en la cabeza. No dejaron de correr cuando el estrépito de corceles cabalgando los envolvió, pero él sabía que los habían rodeado; el sonido venía de delante. En ese momento, el chito casi deseó que la vida eterna no fuera una despiadada mentira; allí podría rogarle a Sophie por perdón.

Cuando los soldados surgieron de entre la maleza, guiando sus imponentes caballos, Ethan se dejó caer de rodillas al suelo, destrozado, y Sophie se mantuvo estática. Ya estaba. No podían hacer nada más. Él la miró. La miró, y no había arrepentimiento en sus ojos; en su lugar, dejó escapar un alarido mientras algunos de los jinetes pasaban de largo. Un alarido de júbilo. Eran ingleses. ¡Eran ingleses! ¡Habían venido a salvarlos!

No obstante, la alegría se esfumó tan precipitadamente como había aparecido. Los franceses no dudaron en hacer acto de presencia, y los chicos se vieron atrapados en una encarnizada batalla. La cruda realidad era que a un pequeño bando del ejército inglés se le había encargado la misión de asesinar al general Lacroix al correrse la noticia de su llegada a esa vulnerable parte del país, y tenían órdenes de interceptar el carruaje que lo transportaba. Al haberse adelantado el francés, los ingleses llegaban tarde. La muerte de Lacroix desmoralizaría a los soldados de Francia, así que, mientras unos lanzaban su agresiva ofensiva y otros se defendían ferozmente, cogidos por sorpresa, nadie se fijó en los fugitivos que procuraban buscar cobertura. Sólo un hombre lo hizo.

Jean Lacroix.

Todo ocurrió demasiado rápido. Una mirada. Un empujón. Un rifle que ya tenía objetivo. Una advertencia que no tuvo tiempo de ser formulada.

Un disparo cortó el aire. Uno de muchos, pero el único que importó.

Ethan cayó sobre la hierba.



Su nuevo hogar era agradablemente acogedor. Sophie aún no se acostumbraba a volver a gozar de ciertos lujos tan sencillos como poder sentarse a dibujar; desayunar, comer y cenar todos los días; salir a leer al jardín; dar paseos por las mañanas. Paseos cortos, claro, la cojera de él no permitía alargarlos demasiado. De cuando en cuando, recordaba aquella tabla suelta del suelo, melancólica, y todo lo que una vez pasó. Recordaba a un joven escribiendo en la esquina de la sala, a altas horas de la madrugada, y suspiraba. Finalmente, sí que se había casado. La guerra había terminado poco después de su desafortunado incidente, coronándose vencedora Inglaterra, aunque eso había dejado de importar hacía meses.

Su marido siempre se quejaba del clima. Unos días hacía mucho, otros hacía demasiado calor. Al menos, la casa que lentamente habían adquirido no tenía goteras, ni dejaba al frío penetrar a través de las gruesas paredes de piedra como la anterior. Ella había conseguido trabajo como profesora del hijo del regente, él vendía bien sus historias; su pierna izquierda, prácticamente inválida por un disparo de bala, lo mantenía sentado la mayor parte del día. Después de todo, Londres no era tan mal lugar para vivir.

A veces, cuando el invierno los encerraba en casa, su mirada recorría la habitación, temiendo verlo en pesadillas como una vez lo había hecho; malherido en el bosque del norte de Francia, pero también hambriento de encontrarse con esos ojos que tan difícilmente la habían cautivado. Cuando caía la noche, cuando nadie los veía, rebuscaba en el último cajón de la cómoda, y saludaba de nuevo a la vieja libreta de tapas de cuero. La abría, y no era él, sino ella, la que le leía poemas enamorados al oído; aquellos poemas que él mismo había compuesto tiempo atrás.

La familia Woods era simple, sí. Ellos se limitaban a amarse en silencio.